

Décima Sesión

ESTRATEGIAS DE COOPERACION CIENTIFICA Y TECNICA INTERNACIONAL

Doctor Jorge Luis Ordóñez

Subsecretario de Asuntos Económicos Ministerio de Relaciones Exteriores

Doctor Diego Uribe Vargas

Presidente Comisión Segunda Senado de la República

Doctor Alvaro Da Costa Franco

Embajador del Brasil

Doctor Francesco Vincenti

Representante Residente a.i. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo —PNUD—

Doctor Antonio José Uribe Portocarrero

Representante del Presidente en la Junta Directiva de COLCIENCIAS

Doctor Félix Moreno Posada

Director Fundación Andina para el Desarrollo Tecnológico —TECNOS—

INTERVENCIÓN DEL DOCTOR JORGE LUIS ORDÓÑEZ
SUBSECRETARIO DE ASUNTOS ECONÓMICOS
MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

Mucho se habla de la brecha ancha y profunda que separa cada vez más a los países pobres de los países ricos.

Mucho se habla de la impostergable necesidad de reformar el sistema de las relaciones económicas internacionales que se ha caracterizado por una estructura que inhibe el desarrollo de una inmensa proporción de los pueblos de la tierra, con grave detrimento para sus niveles de vida, que en muchos casos no alcanzan siquiera a garantizar su supervivencia.

Se trata de un sistema que propicia marcadamente la acumulación de los recursos en unos pocos países industrializados. En 1986 solamente, las reservas internacionales de 145 países en desarrollo descendieron en un 20%, de 170 000 a 136 mil millones de dólares, en tanto que las reservas de los veinte países más industrializados crecieron en un 10%, de 252 000 a 278 000 millones de dólares.

América Latina, por su parte, sigue soportando la más aguda y prolongada crisis de su historia, desde cuando hiciera eclosión su sistema financiero y económico en 1981. Han pasado ya casi siete años, y aún no se vislumbra una solución duradera y consistente. Por el contrario, cada vez pensamos que la gran mayoría de los países ya han tocado fondo y que ya vienen de regreso, cuando nuevamente se desequilibra el sistema. Fracasa el Plan Cruzado, o el Plan Inti, o el Plan Austral, para no hablar del Bolívar, o el peso boliviano o el mexicano o el dominicano. Inmensas regiones se debaten en medio de grandes dificultades y algunas zonas como en Centroamérica regresan a los niveles de desarrollo de los años sesenta.

La región se ha convertido en exportadora neta de capitales. Solamente en los últimos tres años ha debido remitir al exterior, como saldo neto, es decir, después de contabilizar ingresos y egresos, más de 30 000 millones de dólares, en los

momentos en que más necesitada ha estado de recursos. Sus reservas monetarias cayeron dramáticamente por quinto año consecutivo, lo que en 1986 significó una reducción del 35%, al pasar de 49 000 millones a 32 000 millones de dólares.

El pesado fardo de la deuda externa de América Latina ha superado ya todas sus posibilidades. Ha sido ya muy grande su cuota de sacrificio sin que sus resultados puedan calificarse de alentadores. Las renegociaciones de la misma sólo han significado la dilación del problema por unos cuantos años, al cabo de los cuales se reaviva con consecuencias aún más devastadoras.

La deuda ha rebasado en mucho el enfoque bancario o contable que tradicionalmente se le aplica en el consabido recetario del Fondo Monetario y el Banco Mundial. La deuda y los austeros procesos de ajuste que han debido adoptar las economías latinoamericanas han tenido una grave incidencia en los niveles de vida de cada uno de sus habitantes, lo que se ha traducido en una pobreza creciente. Cada vez hay más pobres en América Latina y aquí es donde hay que preguntarse, ¿por cuánto tiempo más se podrá exigir austeridad? La austeridad no la aceptan los pueblos, si al final del camino, y por un tiempo prudencial, no se encuentra una luz. La austeridad no puede ser eterna, máxime si gracias a ella hay que sacrificar el desarrollo social que garantice un mínimo bienestar.

Esta es la razón por la cual el problema de la deuda externa requiere de un manejo político en el cual todos los actores involucrados, países deudores, países acreedores, banca internacional y por supuesto los organismos financieros multilaterales, se propongan acciones conjuntas en diversos órdenes.

La región no puede hacerlo sola. El entorno económico internacional que la rodea no hace posible concebir una solución unilateral. Es necesario crecer para poder pagar, y sólo creciendo en forma sostenida podrá superar la crisis. Sin embargo todas las condiciones están dadas para que suceda lo contrario, como en efecto está sucediendo.

Nunca antes, los precios de los productos básicos, esenciales para la región, habían registrado una depresión como la de los últimos años. Aún tenemos fresca la caricatura publicada en la portada de *The Economist*, en la que un desarrapado del Tercer Mundo le regala a un opulento ricachón de un país industrializado, una bolsa con 65 000 millones de dólares, correspondientes a los menores precios que este último debía pagar por causa del descalabro de los productos básicos.

Los cereales de la Argentina y Uruguay, el cobre y el plomo de Chile y Perú, el azúcar del Caribe, el estaño de Bolivia, nuestro carbón, el café, la carne y los

productos de la leche, el zinc, el níquel y para rematar el petróleo, representan hoy un problema tan agudo como el de la deuda.

El proteccionismo creciente en los países desarrollados frustra los esfuerzos de los países en desarrollo por diversificar y expandir su comercio. Toda una maraña de barreras arancelarias y no arancelarias se interpone: cuotas, prohibiciones, derechos compensatorios, derechos antidumping, precios referenciales, supuestos *arreglos voluntarios* y pactos de caballeros, para no mencionar caprichosos requisitos fitosanitarios o zoonosanitarios. Nuestras exportaciones se ven físicamente sitiadas en los grandes mercados.

Sin embargo no todo termina allí. A este panorama debemos agregar la brecha tecnológica, factor que sin duda forma parte fundamental del injusto esquema vigente, y que actúa como acelerador del desequilibrio. En muchos casos inclusive, se evidencia una estrecha interacción entre el proteccionismo y los asombrosos desarrollos tecnológicos generados en los países industrializados, con graves consecuencias para los países de menor desarrollo.

Recordemos por ejemplo los efectos de los altísimos subsidios a la producción agropecuaria que otorgan los Estados Unidos. Las comunidades europeas, los países de la EFTA y el Japón, cuyos niveles superan casi siempre el 100% de los costos reales de la producción, mientras en un país como el nuestro no podríamos llegar ni a un 4%. No es de extrañar entonces que nuestros frigoríficos pierdan los mercados de carne en Venezuela frente a la competencia sueca, o que producir azúcar se convierta en un negocio ruinoso.

Ciertamente este es un motivo de gran preocupación, especialmente en la Rueda de Negociaciones del GATT, no sólo en los países más afectados, sino también en los mismos países industrializados que se han empeñado en esa loca carrera de subsidios, y que han convertido la agricultura en una desafortunada competencia de tesorerías, con todas las consecuencias que ello trae para sus fiscos.

Al menos ya se reconoce la necesidad de desmontar este sistema. Sin embargo, ello sólo podría hacerse gradualmente para lo cual habrá que esperar, si nos va muy bien, al menos una década.

Y entre tanto nos preguntamos: ¿Qué sucederá? o mejor ¿qué está sucediendo ahora mismo con esos cuantiosos recursos que perciben los productores en aquellos países y que no podrían percibir ni en sueños nuestros agricultores? ¿Qué sucederá y qué está sucediendo en el campo tecnológico, especialmente en materia

de biotecnología, por ejemplo? Quizás cuando los países más poderosos, por fin acepten desmontar efectivamente el sistema, los subsidios ya no sean necesarios. Para aquel entonces nuestros países ya habrán perdido, quizás, toda posibilidad en la carrera tecnológica aplicada a la agricultura, y tal vez ya habrán sido despojados de las últimas ventajas comparativas que naturalmente les correspondían.

No cabe duda de que estamos frente a un acendrado proteccionismo tecnológico.

Para enfrentar el grave problema de los subsidios agrícolas, se ha constituido un grupo de catorce países que no otorgan subsidios, del cual hacen parte entre otros Australia, Canadá, Argentina, Nueva Zelandia, Brasil y Colombia, con el propósito de presionar en el GATT el desmantelamiento acelerado de los subsidios. El grupo ha sido dinámico y su presencia ha sido muy positiva.

Para el Gobierno que preside el doctor Virgilio Barco, el rezago tecnológico se ha constituido en motivo de gran preocupación. No sería del caso entrar a analizar las estrategias nacionales que se han propuesto las entidades encargadas de ello, tales como el Ministerio de Educación, COLCIENCIAS y otras que han hecho valiosos aportes en este foro, y que hacen referencia entre otros aspectos, a la necesidad de fortalecer la infraestructura institucional y los recursos requeridos para emprender un programa ambicioso que permita al país recuperar el tiempo perdido.

Lo que sí debo destacar es la importancia que se le ha venido dando al fortalecimiento de la cooperación internacional. Tenemos la certeza de que es necesario conformar un frente común latinoamericano que nos permita acometer conjuntamente el desarrollo de ciertos sectores tecnológicos prioritarios, en forma acelerada e integral, con lo cual podríamos evitarnos duplicaciones innecesarias de esfuerzos.

Es así como el tema ha sido incluido en las discusiones de la reunión de Presidentes del Grupo de los Ocho que habrá de celebrarse en Puerto Ballarta, México, el próximo mes de noviembre. Aquél será un evento de gran trascendencia, sin antecedentes en la historia de la región, en el cual habrán de encontrarse los primeros mandatarios de Argentina, Brasil, Venezuela, Perú, México, Panamá, Uruguay y Colombia. Al respecto ya hemos sostenido reuniones preparatorias de Cancilleres en Argentina y en Brasil y de responsables del desarrollo tecnológico en Buenos Aires, para definir los parámetros básicos alrededor de los cuales deberemos comprometernos. Hemos reconocido que no se trata solamente de la capacidad de investigación que pueda desarrollarse, sino de lograr que el cambio

tecnológico efectivamente se incorpore a la sociedad y se integre a la economía y que es imprescindible realizarlo conjuntamente, pues su difusión y aprovechamiento es proporcional al tamaño de los mercados.

Quizás este sea un primer paso que nos permita evitar lo que podría ser un verdadero colonialismo tecnológico en el siglo venidero.

Dentro de este espíritu ya se habla de un club tecnológico latinoamericano, de bancos de datos sobre tecnologías de punta, capacitación, convenios para impulsar la transferencia tecnológica y otros aspectos relacionados.

En el ámbito del Grupo Andino por otra parte, en estrecha colaboración con la Superintendencia de Industria y Comercio, nos aprestamos a solicitar una reforma sustancial de la Decisión 85 del Acuerdo de Cartagena, que permita a nuestros países una mayor flexibilidad en materia de marcas y patentes. Este aspecto deberá ser reglamentado de manera tal que antes que una limitante, nuestra legislación se convierta en la piedra angular para el fomento del desarrollo tecnológico y dé cabida al ingenio y el estudio de nuestros investigadores y a la fácil incorporación de tecnologías que ya son de dominio general.

En cuanto a la cooperación técnica bilateral, el Gobierno a través del Departamento Nacional de Planeación y el Ministerio de Relaciones Exteriores viene desarrollando una intensa actividad en la cual suelen participar entidades de gran respetabilidad no sólo en el ámbito nacional sino también internacional, tales como COLCIENCIAS, el ICA, el SENA, el INDERENA, los Centros Universitarios, las Corporaciones de Desarrollo como la CAR, la CVC, ICETEX, ECOPE-TROL, y muchas más.

Para tal efecto, Colombia tiene suscritos convenios básicos de cooperación técnica y científica con cuarenta países amigos.

Ciertamente es éste un filón invaluable que le ha reportado grandes beneficios al país. En este punto no podemos dejar de mencionar la magnífica buena voluntad y los aportes de países tales como Italia con el cual hoy mismo nuestro Canciller suscribirá tres importantes convenios destinados al establecimiento de un centro de investigaciones en el sector eléctrico. Tampoco debemos omitir la mención de Holanda, Canadá, Alemania Federal, Bélgica, Japón, China, Gran Bretaña y otros como Corea, país con el cual hemos suscrito un ambicioso programa de cooperación tecnológica con motivo de la reciente visita del señor Presidente, y que incluye el montaje de centros de desarrollo e investigación en electrónica y telecomunicaciones.

Es importante también destacar la realización de la II Comisión Mixta de Cooperación colombo-española que habrá de reunirse en Madrid, España, a partir del próximo martes. La delegación colombiana en esta oportunidad será presidida por el Ministro de Desarrollo doctor Fuad Char. Allí se discutirán veintiocho nuevos proyectos de cooperación, muchos de ellos de contenido tecnológico.

Existen otros mecanismos de cooperación técnica a través de los cuales operamos, unas veces con buenos resultados y otras no tanto. Entre los primeros contamos con la invaluable ayuda del Programa de Cooperación de las Naciones Unidas PNUD, entre los segundos se encuentran los programas de cooperación entre países en desarrollo que incluye el establecimiento de una Red Multisectorial de Información. Sus resultados han sido muy pobres.

Por otra parte, también tenemos programas de cooperación técnica en los cuales Colombia ya no actúa como receptor sino como donante. Tal es el caso de nuestros programas de cooperación para Centroamérica y el Caribe. Para ello contamos con un reducido presupuesto, pero sus beneficios han sido significativos.

Para finalizar, no quisiera que esta relación de acciones que venimos adelantando, vaya a interpretarse simplemente como una expresión de satisfacción por el deber cumplido. No. Pensamos que falta mucho por caminar. Que nuestras instituciones y nuestro ordenamiento jurídico deben dar un vuelco sin el cual no será posible el cambio cualitativo que nos permita superar nuestro letargo.

Existe una voluntad política y una decisión de tomar el camino en el cual será imprescindible la participación dinámica del sector productivo del país que es en últimas el que deberá aceptar el reto de modernizarse y de lograr la máxima competitividad.

Señor Director de COLCIENCIAS, permítame felicitarlo en nombre del señor Ministro de Relaciones Exteriores por la feliz iniciativa de realizar este foro que con seguridad ha servido para hacer conciencia acerca del desafío tecnológico que hoy enfrenta Colombia y la comunidad latinoamericana.